



VIVIMOS UNA VIDA RECIBIDA¹

LA VIDA ES VOCACIÓN

Premisa

Como ya es tradición en nuestra parroquia, el tema de la catequesis por los adultos durante el tiempo pascual está inspirado en la Propuesta pastoral (texto bíblico u otro) de nuestro arzobispo, Mario Delpini, para el año en curso.

Este año el título es “*Viviamo di una vita ricevuta*” y cada una de las cinco catequesis hará referencia a un capítulo específico de su carta.

Para esta primera catequesis, el texto evangélico propuesto por el propio arzobispo es Juan 6,22-66. Escuchamos una parte.

Evangelio de san Juan (6,47-66)

⁴⁷Les aseguro que quien cree tiene vida eterna. ⁴⁸Yo soy el pan de la vida. ⁴⁹Sus padres comieron el maná en el desierto y murieron. ⁵⁰Éste es el pan que baja del cielo, para que quien coma de él no muera. ⁵¹Yo soy el pan vivo bajado del cielo. Quien coma de este pan vivirá siempre. El pan que yo doy para la vida del mundo es mi carne».

⁵²Los judíos se pusieron a discutir: «¿Cómo puede éste darnos de comer su carne?».

⁵³Les contestó Jesús: «Les aseguro que si no comen la carne y beben la sangre del Hijo del Hombre, no tendrán vida en ustedes. ⁵⁴Quien come mi carne y bebe mi sangre tiene vida eterna y yo lo resucitaré el último día. ⁵⁵Mi carne es verdadera comida y mi sangre es verdadera bebida. ⁵⁶Quien come mi carne y bebe mi sangre habita en mí y yo en él. ⁵⁷Como el Padre que me envió vive y yo vivo por el Padre, así quien me come vivirá por mí. ⁵⁸Éste es el pan bajado del cielo y no es como el que comieron sus padres, y murieron. Quien come este pan vivirá siempre».

⁵⁹Esto dijo enseñando en la sinagoga de Cafarnaún.

⁶⁰Muchos de los discípulos que lo oyeron comentaban: «Este discurso es bien duro: ¿quién podrá escucharlo?».

⁶¹Jesús, conociendo por dentro que los discípulos murmuraban, les dijo: «¿Esto los escandaliza? ⁶²¿Qué será cuando vean al Hijo del Hombre subir a donde estaba antes? ⁶³El Espíritu es el que da vida, la carne no vale nada. Las palabras que les he dicho son espíritu y vida. ⁶⁴Pero hay algunos de ustedes que no creen. Desde el comienzo sabía Jesús quiénes no creían y quién lo iba a traicionar». ⁶⁵Y añadió: «Por eso les he dicho que nadie puede venir a mí si el Padre no se lo concede».

⁶⁶Desde entonces muchos de sus discípulos lo abandonaron y ya no andaban con él.

¹ Catequesis inspirada a la Propuesta Pastoral del arzobispo de Milán, M. Delpini, Para el año pastoral 2023-24.

«EL QUE ME COME VIVIRÁ PARA MÍ»

(Juan 6.5 7)

Los creyentes reconocen que viven una vida recibida.

El discurso que Jesús dirige en Cafarnaúm a las multitudes que lo buscaban con entusiasmo es un discurso duro, que termina irritando e induciendo a muchos de sus discípulos a volverse atrás y a no ir más con él (cf. Juan 6, 22-66).

Los judíos se escandalizan e interpretan las palabras de Jesús de manera "carnal", rechazando así una invitación al sentido "espiritual" de lo que les decía.

Jesús indica que sólo la docilidad al Espíritu permite comprender su palabra y el sentido de la vida: «*Es el Espíritu quien da vida, la carne para nada sirve; las palabras que os he hablado son espíritu y son vida*» (Jn 6,63).

Jesús nos invita a entrar en comunión con él, pan de vida, para contrarrestar la persuasión de estar vivos para nosotros mismos, de tener vida en nosotros mismos. La ilusión del individualismo es ser dueños y árbitros indiscutibles de la propia existencia: uno... y puede elegir el camino a seguir para lograr la realización de sus deseos... La vida es mía y hago con ella lo que quiero.

Es el drama de la libertad mal entendida! ¿Qué es la libertad?

Dos extremos:

1. Hacer siempre lo que tenga ganas de hacer
2. Hacer lo que es mandato, porque lo manda una autoridad reconocida

Si es cierto que hemos insistido exageradamente en la obediencia (Don Milani, con razón, advirtió que: "la obediencia ya no es una virtud") tampoco es una actitud cristiana. Jesús lo dijo con fuerza:

«*¡Hipócritas! Saben interpretar el aspecto de la tierra y el cielo, ¿cómo pues no saben interpretar el momento presente? ¿Por qué no juzgan ustedes mismos lo que es justo?*» (Lc 12,56-57)

De hecho, Jesús no nos trata como a niños que nunca han crecido, sino como a adultos responsables que saben asumir la responsabilidad de sus propias decisiones.

Es la gran cuestión del discernimiento: operación que realiza la conciencia.

Analizando la realidad a la luz de la Palabra de Dios, movidos por el Espíritu y en diálogo dentro de la comunidad, especialmente con quienes están puestos para guiarla.

Sin embargo, nadie, ni siquiera el Papa, puede superponerse a la conciencia personal.

Evidentemente el ámbito personal se diferencia del ámbito comunitario, donde la autoridad se propone como un servicio, pero también como garantía de unidad y armonía entre todos.

La creencia generalizada en nuestro tiempo considera que esta visión de las cosas es obvia e indiscutible. Una visión en la que el destino de morir es obvio e indiscutible. Las preguntas sobre el principio y el final, sobre el por qué y el significado son molestas y embarazosas. Las

preguntas permitidas se refieren más bien a cómo vivir disfrutando del tiempo del que disponemos.

Volveremos a abordar en profundidad el tema del principio y del fin, especialmente el final, en la última catequesis de este ciclo.

Jesús escandaliza a las multitudes que lo buscan para hacerlo rey con un discurso duro, desconcertante e inaceptable. Muchos de sus discípulos ya no van con él. Jesús pronuncia ese mismo discurso en nuestras comunidades. ¿Estaremos entre los que creen que no pueden prescindir de Jesús, convencidos de que sólo él es la vida que puede dar vida?

Jesús ofrece la visión más realista: vives una vida recibida, estás vivo porque estás llamado a la vida por la promesa de la comunión con el Padre a través de la participación en la vida de Jesús. Seguir a Jesús, habitar en Jesús, conformarse a Jesús es la condición para vivir. Sin él no podemos hacer nada.

El discurso de Jesús llama a la fe y la fe no se reduce a una convicción, sino que es la relación por la que vivimos: la vida, de hecho, no se limita a un hecho físico de un organismo en funcionamiento, sino que es una relación que llama a vivir. Es un regalo, es gracia.

La fe cristiana no puede reducirse a una convicción personal ni a una doctrina que aprender, ni a un sentimiento.

Creer en Jesús es más bien entrar en el misterio de Dios que envió a su Hijo Unigénito en la carne, en la historia, en las relaciones en las que viven los hombres y las mujeres. Habitar en Jesús y confiarnos a él tiene una dimensión sacramental indispensable: en el bautismo nos sumergimos en la muerte de Jesús para renacer con él como hijos de la resurrección.

La dimensión celebrativa, sacramental y misteriosa de la vida cristiana exige ser educada y vivida con sencillez y gratitud, con inteligencia y frecuencia.

De hecho, existen dificultades generalizadas para apreciar la práctica sacramental y la tendencia individualista reduce también la celebración de los sacramentos a un pretexto para celebraciones mundanas.

La celebración de los sacramentos desde el bautismo hasta la Eucaristía nos introduce en la relación con Jesús y de él recibimos la vida, la revelación del sentido de vivir, la promesa de la vida eterna. Vivimos una vida recibida. La vida que recibimos de los padres se revela en su origen como don de Dios que nos llama a participar de su vida, hijos en el Hijo Jesús.

La vida en su verdad es una vocación.

Al profesar y vivir esta verdad, los creyentes perciben el alejamiento radical de una vida que pretende ser sin ataduras, principio del bien y del mal, centro del mundo, según una adhesión acrítica al individualismo que caracteriza muchas actitudes de nuestro tiempo.

Al contrario, precisamente porque nos hemos descubierto amados por Dios, sentimos que tenemos una deuda de amor los unos hacia los otros.

Nos sentimos llamados a devolver la humanidad a todas las personas que se ven privadas de las condiciones más básicas de vida. Restaurar la humanidad plena es también fructífero para toda la comunidad, no sólo para los últimos, sino también para los primeros: porque crea vínculos sociales, disuelve nudos y conflictos latentes, restablece la responsabilidad hacia la propia comunidad, ofrece plena dignidad a los individuos y a las comunidades.

La gratitud, que es la base de la vida entendida como vocación, es también la fuente de nuestra caridad.

LAVITA ES UN REGALO DE AMOR Y UNA VOCACIÓN AL AMAR: EDUCACIÓN AFECTIVA

Estar vivo es un regalo. Ser hombre, ser mujer es un regalo. Soy este hombre, soy esta mujer. El cuerpo, en todos sus aspectos, es una dimensión indispensable de la persona: no es una prisión que mortifica a la persona, sino la condición para establecer relaciones amorosas en forma de reciprocidad.

Recomiendo especialmente el acompañamiento.

La comunidad cristiana debe asumir la responsabilidad de enseñar el amor en todas las dimensiones afectivas, sentimentales y sexuales. La propuesta educativa cristiana está llamada a ofrecer la ejemplaridad de adultos, hombres y mujeres que sepan amar y acompañar a los niños y a las niñas en el aprendizaje de amar.

La pregunta entonces es: *¿cómo lo hacemos? ¿Por medio de una enseñanza de principios percibidos cada vez más alejados de la mentalidad actual, casi atrincherados en la defensa de un mundo de valores que creemos que se está perdiendo?*

¿Y estaríamos dispuestos a sacrificar personas para salvar principios? De hecho, ¡este ha sido el caso a menudo!

Al contrario, el arzobispo dice:

Es necesario ofrecer caminos educativos persuasivos hacia la auténtica libertad. De hecho, la persona humana no coincide con una libertad absoluta e indeterminada, que siente cada determinación como un límite que impide "hacer lo que quieres", "ser lo que quieres". Más bien, la libertad se encarna en una historia, en un cuerpo, en una red de relaciones que hay que acoger y leer en profundidad para ser libres de hacer de la vida un don de amor.

Esta "lectura de los signos de la propia vocación" es la feliz y complicada tarea de la edad evolutiva e invoca la presencia afectuosa, alentadora y sabia de los adultos que acompañan a cada uno, dentro de una comunidad, para convertirse en esa persona única que hace de su vida un regalo.

Las condiciones son, por tanto, signos que ayudan a interpretar el modo de amar. ***La interpretación es una tarea confiada al santuario inviolable de la conciencia de cada hombre y de cada mujer***, que está dispuesta a acoger dócilmente la llamada de Dios a la plenitud de la vida, en el complejo entramado de su propia historia y de sus relaciones.

Para generar libertad, para hacer crecer a la persona, para permitir a cada uno ser él mismo, acogiendo su propia condición como contexto de su propia vocación, es necesaria una convergencia de muchos, también para crear contextos de libertad que resistan la "colonización cultural" que imponen la banalidad de los clichés, la reducción de las relaciones a las relaciones sexuales, la resignación ante la incontrolabilidad de los sentimientos, pasiones e impulsos.

La comunidad cristiana está llamada a hacer de la educación afectiva y del discernimiento vocacional una práctica en la que confluyan muchas competencias, opciones coherentes y propuestas comprensibles.